



Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Bibliográficas  
La reproducción de este material no implica la transmisión  
o el disfrute del derecho autorral de la obra



REVISTA

## HOMENAJE A TOBÍAS CHÁVEZ LAVISTA \*

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

LAS INSTITUCIONES BIBLIOTECARIAS más relevantes de México, se unen en esta noche, para honrar la memoria de uno de sus ilustres miembros, Tobías Chávez Lavista. Ha deseado ser la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas, en la que por tantos años profesara varias cátedras don Tobías, la que encabezara este homenaje, y también la que perpetuara su memoria, imponiendo a una de sus aulas el nombre de este destacado bibliotecario y maestro. A su llamado nos hemos congregado todos quienes, en una forma u otra, hemos trabajado en las bibliotecas e impulsado su desarrollo. Y lo hacemos con el sentimiento de que en esta forma, al mismo tiempo que honramos al maestro y al amigo, dejamos a las jóvenes generaciones el ejemplo de una vida bien llevada, consagrada por entero al trato y manejo de esos frutos supremos de la inteligencia que son los libros.

Si en un principio don Tobías trabajó dentro de la Secretaría de Educación Pública como bibliotecario, al crearse la Universidad Nacional pasó a colaborar de lleno en ella. Eso no le alejó de las dependencias de la Secretaría, sino que siempre, al igual que todos nuestros mejores bibliotecarios, sirvió a ambas, pues servía a un solo sistema y a una sola idea: al sistema bibliotecario mexicano. Consideró que nuestro sistema tenía grados, funciones peculiares y requerimientos distintos, pero que en el fondo servía a un solo interés: el adelanto y progreso de la cultura mexicana. Hasta nuestros días, la profesión de bibliotecario ha girado en torno de ese interés fundamental y así debe ser. No se piense que las instituciones que hoy existen persiguen finalidades distintas. Todas contribuyen a un solo ideal, y unas y otras tienen la noble misión de crear especialistas en bibliotecas y archivos.

\* En ocasión de la muerte de don Tobías Chávez Lavista, distinguido bibliotecario, quien durante muchos años fue director de las Bibliotecas de la Universidad Nacional de México, el director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas pronunció las palabras siguientes, en el homenaje que se le rindió a un mes de haber ocurrido su deceso.

El hombre que hoy honramos sirvió con desinterés sin igual a esa causa por ello su memoria nos une a todos.

Su vida y la de la Universidad, a la que sirvió y a la que estuvo ligado por largas décadas, marcharon conjuntamente en medio de penurias, peligros y trabajos. Don Tobías con una generosidad, desinterés y honestidad que no tienen parangón, sacrificó sus mejores años, su salud y capacidad, para desempeñar dentro de nuestra casa de estudios los puestos que se le confiaron; en forma principalísima, el de jefe del Departamento de Bibliotecas, que ejerció hasta su separación de la Universidad.

Miembro de una familia prócer, nació el 20 de mayo de 1879. Sus padres fueron don Ignacio T. Chávez, ilustre gobernador de Aguascalientes y doña Guadalupe Lavista, hermana del afamado médico. Educado en un ambiente de alta cultura, enamorado ferviente de los libros, como su hermano don Ezequiel, Tobías Chávez fue el alma de nuestra organización bibliotecaria durante muchos años. En el Departamento de Bibliotecas desarrolló intensa y eficaz labor, y a él se debe no sólo la salvaguarda de su rico patrimonio bibliográfico, sino su aumento, organización y modernización. Preocupado continuamente por el buen manejo de sus bibliotecas, a las que veía como hijas, su tesón y actividad manifestábase de continuo. No conoció ni la fatiga ni el descanso. Su pequeña figura, llena de bondad y de comprensión, veíase ir, entre las oficinas, de una biblioteca a otra, siempre atento a satisfacer las peticiones que se le hacían, siempre dispuesto a atender las sugerencias pertinentes y los justos reclamos.

No fue un avaro con los tesoros que custodiaba, sino que sabía brindarlos a cuantos los necesitaban. Para él, el bibliotecario no era el funcionario que encierra a piedra y lodo los libros, impidiendo su manejo, ni tampoco aquel que descuida peligrosamente las obras que tiene obligación de proteger, sino el individuo dotado de cultura, de un ejercicio pleno de la razón, capaz de auxiliar a los estudiantes y a los investigadores a cumplir su misión de estudio y de búsqueda paciente y minuciosa.

Bien dotado estuvo como bibliógrafo y su producción muestra al amante de los libros, al especialista metódico y competente. Sus obras, que fueron escasas, revelan al experto, al conocedor. Algunas de ellas son:

Chávez, Tobías, [comp.], *Notas para la bibliografía de las obras*

*editadas o patrocinadas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Contiene además las notas bibliográficas de las tesis presentadas por los gobernadores, durante los años de 1937 a 1942, y una breve noticia histórica de la Universidad.* México, Imprenta Universitaria, 1943. xv-263-[2] pp. A más de artículos aparecidos en diversas revistas especializadas en torno de las bibliotecas, escribió un trabajo de carácter ascético titulado "La Redención", *recopilación de trozos de las obras del R.P. Luis Evely*, México, 1969-70, y otras más.

Alguno de sus escritos apareció en *Mensaje* del ISSSTE.

La parvedad de su obra escrita se justifica si tenemos en cuenta que él sacrificó esta importante faceta de su personalidad en beneficio de su condición de administrador, de jefe responsable. Prudente, humilde, afectuoso, tuvo hacia quienes le conocieron palabras de aliento, comprensión de sus problemas y extrema bondad. Ésta fue tan extremada que muchos la tomaron como debilidad y falta de energía. Sin embargo, quienes le conocimos y le vimos actuar en circunstancias difíciles, sabemos cómo defendía la justicia de una petición, los intereses académicos de la institución, la honradez en el manejo administrativo. Conocía las debilidades humanas y pensaba que el entender a los hombres y saber aprovechar sus posibilidades por pequeñas que fuesen era el mejor camino a seguir. Por ello, cuantos le tuvieron como jefe le recuerdan con entrañable afecto.

Habiendo trabajado en la Universidad en años críticos, su hombría de bien, su honestidad, fue una entera garantía. Prohijó la transformación de las bibliotecas y alentó a las generaciones jóvenes a mejorar sus conocimientos. El equipo de bibliotecarios que tuvo a su lado siempre fue relevante y compenetrado del valor de su trabajo; apoyábalos y estimulábalos cuanto podía.

Pertenece por su capacidad técnica y condiciones humanas a la categoría de los grandes bibliotecarios mexicanos. Su nombre lígase con el de Juana Manrique de Lara, Joaquín Díaz Mercado, Guadalupe Monroy, María Teresa Chávez, Juan B. Iguíñiz, todos ellos contemporáneos suyos. Las nuevas generaciones débennle mucho de su entusiasmo y preparación. La Biblioteca Central de la Universidad fue encauzada por él. Por su labor como maestro, como bibliotecario, como bibliógrafo, y por haber sido un auténtico hombre

de bien y uno de los servidores más leales de la Universidad, merece ser recordado.

Yo estoy ligado a su recuerdo desde mis años de adolescente en que lo conocí, y a él debo estímulo, apoyo y auxilio. Brindóme en todo momento su generosa ayuda, como a cuantos le trataron, y me permitió conocer a un tipo de funcionario del que estamos muy necesitados: preparado, responsable, humilde, bondadoso, inteligente. Con un gran espíritu de servicio y enriquecida su vida de auténticas virtudes, ese pequeño ser, activo, silencioso, atento, de pequeños pero luminosos ojos, de mentón prominente y ya en los últimos años casi sordo, entregó su vida a la Universidad, y dentro de ella a la parte más noble e importante de esa institución, aun cuando no siempre lo suficientemente atendida, a sus bibliotecas.

Por ello hoy le honramos y evocamos su espíritu, que alentará por siempre en todas las salas de lectura, desde aquellas del licenciado Verdad en que trabajó tantos años, hasta las de la Ciudad Universitaria y las aulas de nuestras escuelas. Sus cortos pasos, su silencioso transitar, su amplísima generosidad y su auténtica vocación de bibliotecario, serán siempre recordados por cuantos gozamos el beneficio de su amistad y de su saber. Descansó en el Señor el 4 de febrero del presente año.